

RAVE

CON TU CUERPO
ELÉCTRICO

NO

Diana Thalia Jiménez Martínez

Universidad Autónoma del Estado de Morelos

**SUEÑO CON TU
CUERPO ELÉCTRICO**

SUEÑO CON TU CUERPO ELÉCTRICO

Diana Thalia Jiménez Martínez

Universidad Autónoma del Estado de Morelos
Colección Máquina de Futuros | Vol. V

Esta obra fue ganadora de la convocatoria
Máquina de Futuros 2025, de la revista *Vórtice*.

Jiménez Martínez, Diana Thalia, autora

Sueño con tu cuerpo eléctrico / Diana Thalia Jiménez Martínez. -- Primera edición. -- México : Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2025.

47 páginas .- - (Máquinas de futuros ; 5)

ISBN 978-607-2646-47-6

1. Literatura y ciencia 2. Imagen corporal en la literatura

LC PN55

D 809.9336

Sueño con tu cuerpo eléctrico

Primera edición, noviembre de 2025

D.R. 2025, Diana Thalia Jiménez Martínez

D.R. 2025, Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Av. Universidad 1001

col. Chamilpa, CP 62209

Cuernavaca, Morelos, México

publicaciones@uaem.mx

libros.uaem.mx

Creación de la colección: Roberto Abad

Corrección de estilo: Dirección de Publicaciones y Divulgación

Diseño y formación: Lizbeth Zenteno

ISBN colección Máquina de Futuros: 978-607-8951-31-4

ISBN vol. V: 978-607-2646-47-6

DOI: 10.30973/2025/sueno_cuerpo_electrico



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinDerivados 4.0 Licencia
Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

Hecho en México

CHILAQUILES DIGITALES

Instituto de Criopreservación de la Ciudad de México

29 de octubre de 2144

Laboratorio principal

15:00 horas

Laura siente la lengua empapada por un líquido caliente, picante y ahumado, como si de verdad comiera caldo tlalpeño. Por un momento se olvida de que mastica una masa parecida al engrudo. La certeza le viene luego, cuando mira el plato con las marcas que deja el pastiche amarillo que la alimenta a diario. Cuando termina de comer, apaga el pin de su lengua y regresa a su puesto: un laboratorio de ciento ochenta y cinco metros cuadrados en el que resaltan una plancha de acero inoxidable para colocar los cuerpos que el Instituto planea descongelar, tres cámaras de criogenia y la nueva computadora Omega 2. Por primera vez, desde que comenzó su adjuntía con la doctora Sánchez, podrá ver el proceso de deshielamiento de un ser humano. Sabe que aún a estas alturas de la investigación la tasa de éxito es de apenas el 65% en humanos y del 80% por ciento en animales.

Una vez que pasa por el filtro esterilizador comienza a examinar el cuerpo que el brazo neumático instaló hace un momento sobre la plancha de metal dispuesta para las revisiones.

A través del cristal de la cápsula que lo contiene, observa sus extremidades blancuzcas cubiertas de tatuajes diversos: un nido de aves, una ballena, un racimo de hortensias. “¡Qué raro!”, dice para sí misma, pues no hay nadie más en el laboratorio; su jefa vendrá hasta dentro de media hora. Encontrar gente con tatuajes es extraño. Después de la crisis sanitaria

de 2112 dejó de ser una práctica recurrente, por el peligro que representaba para la piel si la persona se contagiaba de las bacterias que acababan de mutar y que provocaban una pérdida total de la epidermis que contenía pigmentos externos. La mujer en la plancha es delgada, su cabello oscuro cae como tinta en la superficie blanca del interior de la cápsula. Parece que sueña. Laura piensa que quizá tenía veinticinco años cuando la congelaron. La observa durante un par de minutos antes de que el sonido de un nuevo mensaje que vibra en el hélix de su oreja izquierda la devuelva a la realidad. Reproduce el clip de voz, es de la doctora Sánchez: “Laura, revisa que el cuerpo no tenga ninguna señal de maltrato o de deterioro exterior. A pesar de los tatuajes, es importante que nuestra primera prueba de deshielamiento con la nueva computadora sea exitosa. Cuando termines tu revisión hazme un informe de lo que sea que hayas encontrado y espera mi regreso dentro de una hora”.

Ninguna señal de maltrato.

Una hora y quince minutos más tarde, Laura interrumpe su juego de roles del medioevo en la red para atender la llegada de la doctora Sánchez. Ella entra con más prisa y disgusto de lo habitual. Camina directamente hasta la computadora y presiona un par de comandos que hacen que la palanca neumática coloque la cápsula dentro de la cámara de descongelamiento. Sobre la pantalla más cercana a la doctora se iluminan las siguientes palabras: “Residuos del proyecto *En la abierta expansión de los cielos*”. Ordena a su computadora cambiar esa pantalla por la que contiene el registro de las reservas de agua disponibles en el Instituto y truena los dedos. A Laura este gesto se le hace raro, pues la doctora siempre revisa los expedientes mientras hace su trabajo, tiene una pequeña obsesión con el orden y la precaución. El laboratorio y la cámara de descongelamiento se encuentran separados por una pared termoprotectora transparente en la que se proyectan los datos que confirman que las reservas

son suficientes. “Vamos a comenzar, niña”, dice la doctora. Laura se apresura a encender otra pantalla, que muestra los signos vitales, y comienza a registrar los datos en la memoria estadística del Instituto.

Después de ocho horas finalmente el cuerpo se encuentra a 0 °C. A partir de ahora el trabajo se volverá más arduo, cualquier aceleración en el ambiente puede hacer que el producto no sobreviva. Aunque si todo sale bien, en menos de diez horas tendrán no sólo un cuerpo reanimado, sino también una habitante más de esta desolada ciudad. La doctora Sánchez, que no proyectó el expediente de Antonia, quizá preocupada por la temporada de sequía, le envía el informe a Laura y ella lo lee. La mujer se llama o se llamaba Antonia, estudió Filosofía y se dedicaba a vender chilaquiles los fines de semana para obtener ingresos extras a las clases que impartía en una preparatoria particular. Tenía veintisiete años cuando le comunicaron que tenía cáncer de páncreas. A finales del siglo XXI la media de vida para un caso con metástasis como el suyo era de cuatro años. Le ofrecieron congelarla y aceptó.

Su cápsula quedó abandonada por muchos años a pesar de los avances médicos. La burocracia mexicana privilegió a otros enfermos y no fue hasta que un becario se dio cuenta de que existía la posibilidad de estudiar la regeneración pancreática partiendo de una proyección de ADN, es decir, crear un páncreas nuevo e ideal para la paciente a partir de una sola muestra de sangre. Al Instituto le pareció prudente descongelarla. Lograr que el nuevo órgano funcionara a pesar de las condiciones de congelamiento brindaría al laboratorio una posibilidad de obtener mayor presupuesto.

Laura observa a Antonia. Es una lástima que no recordará ninguna cosa al despertar: la amnesia es un efecto colateral de la criogenia. Nada le gustaría más que escuchar las histo-

rias de cómo era esa ciudad cuando la habitaban millones de personas, imaginar los transportes abarrotados o la infinita oferta gastronómica. Quizás eso es lo que más envidiaba Laura del pasado, la comida real.

Tiene un sólo recuerdo de consumir algo que no fuera *tlakuali*, esa masa amorfa que el gobierno empezó a distribuir hace una veintena de años. Ella iba a cumplir cuatro. Su madre le preparó unos chilaquiles rojos con frijoles. Siempre viene a su mente la sensación de la tortilla crujiente entre las muelas. El sabor no lo recuerda, pero está segura de que era distinto al que logra el pin bajo su lengua.

Instituto de Criopreservación de la Ciudad de México

1 de noviembre de 2144

Zona de recuperación, cuarto 5

11:00 horas

Es el deber de Laura cuidar de Antonia hasta que despierte, su cuerpo se encuentra débil a pesar del suero que recibe mediante la sonda. Es elemental conocer el estado del paciente al despertar: saber si tiene capacidades motrices e intelectuales, además de registrar la variación entre la hora programada para la reanimación y el tiempo real en el que los sujetos abren los ojos. Antonia se mueve de vez en cuando, pero no despierta. Da la impresión de estar flotando entre las sábanas blancas. A Laura le duelen las rodillas de estar sentada, aunque ha intentado modificar las posiciones sobre el sillón. Sigue en su juego de roles. En sus ojos la imagen de la cama blanca y la mujer en ella se mezcla con la de un bosque en el que recolecta hongos para elaborar veneno y vencer a sus enemigos.

Cerca de las cuatro de la tarde, Antonia abre los ojos y se lleva las manos al rostro, entonces observa uno de los tatuajes de su antebrazo: una serie de líneas de colores que representa el mapa de lo que fue el metro de la Ciudad de México.

El trazo le hace recordar una bici plateada, un manubrio morado con cintas de vinilo. Un escalofrío le recorre el cuerpo. No sabe dónde se encuentra.

—¿Por qué estoy en un cuarto de hospital? —pregunta con un tono que recuerda al de los niños cuando están perdidos.

Laura no sabe qué hacer, nadie la entrenó para esto, su única instrucción fue registrar cualquier evento que aconteciera. Con el brazalete integrado a su muñeca, llama a una enfermera y continúa sus anotaciones mientras mira que Antonia se incorpora en la cama. Laura guarda su partida del juego y vuelve a presionar el botón en su muñeca izquierda. Se asoma al pasillo y busca con la vista a alguna enfermera, hasta que escucha el rechinido de las pantuflas que se mueven en el piso recién pulido. El cuerpo de la paciente no es lo suficientemente fuerte todavía como para aguantar su propio peso y cae en el suelo de baldosas blancas, su cabello parece un lago brillante a la mitad de la noche. Laura suelta la tableta de utilería que le dieron los psicólogos para que la paciente reconociera objetos de su época y le toma la mano a Antonia. Su cuerpo sigue sin tener la temperatura adecuada, pero cada vez logra conservar mejor el calor.

—¿Qué pasó, por qué estoy aquí? —pregunta la mujer en el piso. Laura observa sus grandes ojos que parecen intentar reconocerla.

—Querida —le dice Laura en un tono sereno, para intentar crear un ambiente de confianza, pues no sabe cuál es la mejor manera de responder; la paciente no parece amnésica—. En unos minutos vendrá algún médico y te explicará con detalle.

Llegan dos enfermeras que la vuelven a poner en la cama, con la misma facilidad que a una muñeca de porcelana, y se retiran. En ese momento la figura de la doctora Sánchez asoma por la puerta de la habitación. Entra junto con una médica residente. Ambas llevan batas azules, guantes y cubrebocas.

La doctora da un saludo de mano a su paciente, haciendo que se tranquilice, y entonces comienza a auscultarla: primero el corazón, luego los pulmones. Revisa los reflejos y, satisfecha, sonríe y deja ver las encías. Antonia se queda muda; parece que todas sus preocupaciones se han ido, pero en realidad es el efecto de un calmante tópico que la doctora le aplicó al saludarla con la mano.

—Buenas tardes, Antonia —dice, se quita los guantes y dibuja algo en el aire con su dedo para crear una nota mental que leerá más tarde—. Quería revisar tus signos vitales antes de hablar contigo, para evitar cualquier contratiempo de salud. Necesito decirte algo que requiere que mantengas la calma. El lugar donde nos encontramos es una sala de recuperación, ubicada en la Ciudad de México, sólo que esta es una ciudad distinta a la que tú conoces. Has hecho un viaje de muchos años a través de la criogenia. Eso es lo que te puedo decir por ahora. Poco a poco conocerás el resto de tu historia, pero primero necesitamos que descanses y te recuperes.

La doctora le dice a Laura que introduzca un poco a la paciente en el contexto actual y le pide que además la ayude a buscar ropa adecuada para cubrir sus tatuajes. Cuando Laura se queda sola comienza a hablarle a la paciente:

—Cuéntame, ¿cómo te sientes?

—Rara, soñé que comía una torta de chilaquiles y me acabo de dar cuenta de que me siento sin hambre.

—Digamos que sí la estabas comiendo. Las enfermeras te han puesto un pin debajo del paladar que imita el sabor de la comida de antaño, mientras tu cuerpo se alimenta por medio de esta sonda.

—¿Cómo?, ¿estaba comiendo chilaquiles digitales?

—Pues si lo dices así suena absurdo. Yo diría que estabas disfrutando de una licencia culinaria. Ahora la gente se conecta a un servidor que te ayuda a probar cualquier comida del mundo que desees, pero sólo a través de tus sentidos.

—Suena horrible. Pero, ¿cuánto tiempo ha pasado?

Laura le acerca la tableta y se arrepiente de su comentario. El futuro es tema sensible para abrir una conversación con las personas que acaban de despertar. En la pantalla del dispositivo se muestran algunos datos personales de la paciente. Ella niega con la cabeza, para darle a entender que no reconoce la información que se muestra allí: el cáncer terminal, una vida del siglo pasado como vendedora de comida y maestra. Nada de eso le suena familiar.

Entonces Laura le dice que intuye que la razón por la cual la descongelaron tiene que ver con su expediente médico.

—Es normal que no recuerdes cosas de tu pasado. Lo importante es que poco a poco te adaptes a los cambios de este momento.

Le habla de la cuestión de los tatuajes y la bacteria en la piel que asoló la parte meridional del continente donde se encuentran ahora. Antonia hace una cara de espanto.

—No te preocupes, esa enfermedad lleva más de treinta años controlada. Nunca fue tan grave como otras que nos enseñan en la secundaria. No tuvo tantos contagios, pero las imágenes de sus efectos eran muy aparatosas. Por eso la gente dejó de hacerse tatuajes. Era al menos una forma de protegerse.

También le cuenta sobre su trabajo precarizado y la convivencia en el Instituto. Hay espacio para seis becarios como ella; una vez que cada uno cumple un periodo de cinco años de servicio, una comisión dictaminadora determina si pueden ser incorporados a alguna de las vacantes que se van creando con la implementación de las nuevas investigaciones para la replicación de especies extintas.

—Es muy importante que me den este trabajo. Si no lo logro, no voy a poder ayudar a mi familia a mudarse a provincia —dice Laura y hace una pausa. No sabe qué tantas cosas puede contarle sobre la ciudad en el tiempo presente—. Debes estar agotada, ¿no? Yo creo que lo mejor es descansar un rato.

—Está bien, pero dime qué tipo de música escuchas.

—¿Cómo?

—Qué tipo de música escucha la gente de tu edad ahora. Sólo quiero saber eso.

—La mayoría del tiempo escucho algo que se llama tropipunk —le pasa unos audífonos de utilería que llevaron a la sala para que Antonia se sienta más cómoda mientras se adapta. Son dos chicharos negros que transmiten la música que escucha Laura. La mujer en la cama sonríe.

—Es bonito —responde, y mientras escucha se queda callada por una hora, hasta que se vuelve a dormir.

Aunque el proceso de recuperación es lento, ellas hablan mucho a diario. Laura se encarga de tranquilizar a Antonia cada vez que esta tiene un ataque de pánico. La paciente no es tan susceptible a los cambios que el tiempo ha labrado en este deshabitado valle. A veces conversan sobre el paulatino despoblamiento de la Ciudad de México. Al final del siglo XXI, con el desecamiento de todos los cuerpos de agua existentes en la zona urbana y el hundimiento desigual de las estructuras arquitectónicas, el suelo se volvió una malla porosa que hizo que los movimientos telúricos fueran aún más devastadores. A ello se sumó una serie de movimientos de las placas tectónicas en intervalos de tiempo que no dieron respiro a la población metropolitana. Lo que antes era un lago se volvió un cementerio de concreto. A pesar de que muchos de los edificios que se mantuvieron en pie fueron los de Polanco, gracias a las estructuras metálicas modernas, sus habitantes fueron los primeros en emigrar a Monterrey y Guadalajara. Poco a poco, conforme fue pudiendo, el resto de la población también partió. La Ciudad de México se convirtió en un lugar inhóspito en el que no se podía transitar más que en bicicleta o a pie, pues las vialidades se encontraban llenas de pedacería de edificios. Una vez que el subsuelo acomodó las dras y pedazos de edificios en los huecos, cesó la oleada de

temblores y algunas personas volvieron. Después de algunos años el Gobierno Federal, ahora instalado en Monterrey, decidió que los edificios que fueran recuperables se destinarían a la investigación científica.

Zona escultórica, Antigua Ciudad Universitaria

29 de diciembre de 2144

17:00 horas

Laura y Antonia llevan semanas juntas. Se han vuelto amigas. Ahora Laura conoce la antigua Ciudad de México por las interminables conversaciones con Antonia, sabe lo que era viajar en metro, admira la idea de los sonideros y quisiera visitar los vestigios de La Meche. Además procura ayudar a su compañera en el proceso de adaptación. Le recomienda menús de prueba para establecer si los sabores digitales son similares a lo que fueron en realidad. Aún no determinan cuáles son los más falsos y cuáles los más reales. Han hecho visitas a distintos lugares de lo que queda de la ciudad, aunque después de esas expediciones las noches de Antonia se llenan de pesadillas en las que transita entre el pasado y el futuro. La doctora Sánchez no deja pasar un día sin escribir en su bitácora sobre todo lo que le sucede en sueños a su paciente; le pregunta si puede diferenciar entre lo que es ficción y aquello que es parte de su memoria.

Esta vez pasean por lo que fue la zona escultórica de la Universidad Nacional Autónoma de México. Antonia se encuentra callada, piensa en el desfase del tiempo. Se cuestiona si las cosas que recuerda fueron tal como lo cree. Por otra parte, el tratamiento para el cáncer del que le habló Laura todavía no llega. Su cuerpo se siente bien, no hay en ella un rastro de cansancio o malestar.

—¿Sabes qué ha pasado con mi tratamiento?

Laura se queda callada. No atina a responder algo acertado. Hasta donde ella sabe, la doctora Sánchez tiene un

proyecto aparte, en el que estudia la memoria en pacientes sobrevivientes a la criogenia, y Antonia podría ser uno de los casos con mayor éxito. Desconoce el objetivo de estos resultados y su relación con el cáncer de páncreas. Hay muchas cosas que no le cuentan por ser becaria.

—Todas las noches sueño con cosas que viví o que me hubiera gustado vivir. Y cuando despierto, la doctora no deja de hacerme preguntas. Siento que soy un conejito de experimentación —agrega Antonia sin esperar una respuesta.

—Sea lo que sea, podemos intentar averiguarlo: te reto a subir corriendo —le dice desafiante señalando una estructura metálica.

Tras mirarse a los ojos un instante, ambas corren lo más rápido posible para llegar primero a la cima, pero Antonia resbala, cae y se lastima la pierna. Cuando Laura la auxilia, se da cuenta de que sus pantalones están rotos y dejan al descubierto uno de sus múltiples tatuajes. Una ballena que parece nadar en medio del océano. Las ballenas ya no existen. Ambas miran el tatuaje hipnotizadas y, de pronto, Antonia tiene una revelación: debido a las marcas que ella misma decidió hacer en su cuerpo, recuerda su pasado. ¿Será por eso que el Instituto selecciona sólo cuerpos sin marcas? Aquellos sin ningún vestigio en la piel de la vida que habitaron décadas antes.

—¿Tú tienes acceso a los expedientes de los otros? —pregunta Antonia.

—No, están cifrados. Además, no sé si acceder a los archivos de la doctora Sánchez nos ayudará a dar con más datos. ¿Para qué quieres esa información?

—Sospecho que estoy aquí por otra cosa, que no tengo ningún cáncer. Tenemos que conseguir las claves o encontrar algún modo de acceder a esas carpetas. Seguro se te ocurre algo.

Laura se vuelve a quedar en silencio. Mira las esculturas metálicas a su alrededor y piensa en su familia. Si pierde la oportunidad de conseguir un trabajo en el Instituto, perderá

también la posibilidad de ayudar económicamente a su familia a mudarse a una zona con reservas estables de agua.

—Por favor —dice Antonia y la mira como si fuera una niña perdida, aunque tienen casi la misma edad.

En ese momento, Laura recuerda la frase que vio cuando descongelaban el cuerpo de Antonia: “Residuos del proyecto *En la abierta expansión de los cielos*”. Entonces añade:

—Sé por dónde podemos comenzar.

Instituto de Criopreservación de la Ciudad de México

4 de enero de 2145

Laboratorio principal

07:00 horas

Hoy es día de revisión para Antonia, así que ella y Laura llegan temprano al Instituto, justo después del cambio de guardia y antes de la recepcionista. Su plan es muy sencillo, pero quizás funcione. Han conseguido una cámara antigua que se encontraba en la utilería que le dieron a Laura hace unos meses. Es un objeto pequeño que estaba escondido detrás de algunos frascos con reactivos. Si tienen razón, la doctora Sánchez encenderá una pantalla con los datos del expediente personal de Antonia antes de la consulta. En el mejor de los casos, abrirá también ese otro archivo que apareció cuando comenzaban a descongelar el cuerpo.

Una vez que colocan la cámara se van a la sala de entrenamiento acústico. Escuchan canciones de tropipunk tomadas de las manos hasta que es la hora de la consulta. Entonces se separan.

Expediente 197c

Nombre	Antonia Rodríguez Meza
Edad	25 años, 2 meses y 16 días al momento de conservación
Estatura	161 cm
Sexo	Femenino
Complexión	Delgada
Señas particulares	Cuenta con 21 tatuajes distribuidos en brazos, piernas, espalda y pecho
Fecha de congelamiento	29 de marzo de 2074
Origen del cuerpo	Residuos del proyecto <i>En la abierta expansión de los cielos</i>
¿La persona cuenta con registros familiares trazables en la actualidad?	Sí
Observaciones	Se retiraron mechones de cabello verde en el área cercana a la nuca

Recomendaciones

Vigilar su capacidad de memoria. Se recomienda extrema discreción hasta que sea posible reubicar al sujeto en un ambiente que desvincule a las instancias involucradas en su secuestro e incorporación forzada al proyecto mencionado anteriormente. La paciente se encuentra sana: se deberá fingir un tratamiento contra el cáncer a fin de evitar sospechas

EN LA ABIERTA EXPANSIÓN DE LOS CIELOS

La primera vez que usé una bici mamá apretó mi mano y me dijo: “Recuerda que siempre debes oprimir el botón de tu coraza, esto ayuda a protegerte de los peligros de la calle”.

En mi niñez, ella insistía en recordarme la importancia de transportarnos con la energía que produce nuestro propio cuerpo. “Es una manera de luchar por la vida”, decía con sus dientes grandes y sus labios delgados, cuando me quejaba de estar cansado por pedalear. Pienso en esto ahora, mientras borro del servidor de mi empresa el trabajo que mis compañeros y yo hemos hecho durante los últimos doce años para la bóveda de realidad virtual.

Pilar, mi madre, era una mujer fuerte a sus 48 años. A esa edad me enseñó a andar en bici. El primer fin de semana, después de que salí del centro de adopción, me llevó a una de las chatarrerías o “centros del asombro”, como les decían entonces a los lugares en los que se podían conseguir cosas de segundo uso en forma íntegra o por partes. Tras dos horas de búsqueda armamos una bici con componentes diversos: unos pedales morados con brillos plateados, un asiento amarillo de piel falsa, un manubrio rojo con cintas de poliuretano verde que le colgaban de los extremos y un cuadro color azul cielo de un tamaño adecuado para mí. Ese día salimos de casa a pie y volvimos andando en bicicleta. Era invierno, las palomas se encimaban unas sobre otras en el techo de nuestro edificio. Andar en bici no me gustó mucho porque el frío se metía por mis orejas y por mis fosas nasales como un gusano fino y punzante. Pero decidí que, si a Pilar le gustaba, tendría que ejercitar el ánimo para mantener el equilibrio en dos ruedas.

Las manos me tiemblan. Tecleo comandos y pienso en las vidas que nos dijeron que ya no tenían remedio. Que por eso valía la pena esforzarnos. El proyecto *En la abierta expansión de los cielos* fue vendido como un medio para trasladar las conciencias de enfermos terminales a un servidor en el que los habitantes podrían permanecer y vivir una vida aparentemente normal. Incluso se dijo que, de manera gradual, encontrarían una forma para que quienes siguieran teniendo cuerpos, pudieran visitar a sus seres queridos en la nube.

—Las cosas buenas tardan en llegar, hijo —dijo al entrar a la casa y remarcó la última palabra, como si le costara trabajo pronunciarla. Me miró como se mira el vuelo de las aves al amanecer: con los ojos entrecerrados, como si buscara algo más allá de mi piel. Yo acomodé mi bici en el pasillo y le sonreí sin decir más. En ese momento no entendí lo que mi madre quería decir. No sabía mucho sobre su pasado, aunque tampoco me importaba.

Aprender a mantener el equilibrio no fue tan difícil como recordar seguir al pie de la letra la lista infalible de la seguridad:

1. Activar siempre la coraza ciclista.
2. Utilizar y aprender las señales ciclistas.
3. Usar la pulsera para llamadas de emergencia.
4. Aprender los puntos más importantes del reglamento de tránsito sobre los ciclistas.

Pilar colgó la lista en la puerta de mi cuarto para que la mirara todos los días antes de salir hacia la escuela y recordara los sencillos pasos que me mantendrían a salvo. Veía el

papel colgado y pasaba de largo, pues me parecía innecesario tomar tantas precauciones para un recorrido de quince minutos. Hasta que a las tres semanas me caí de camino a la escuela y me fracturé un brazo. En ese momento no supe a quién llamar. Una mujer que trabajaba en una cafetería me auxilió mientras los servicios de seguridad me preguntaban sobre mi madre para contactarla, pero yo apenas sabía sobre la universidad en la que era investigadora.

Pilar llegó al hospital con una bolsa de desayuno en la mano. La habían contactado a mitad de su primer descanso entre clases. Cuando volvimos a casa, ella me dijo que podía no usar la bici como medio de transporte si no lo deseaba, pero, que si lo decidía, tendría que ser estricto. Es una cuestión de vida o muerte, remarcó, mientras me miraba con sus ojos como de búho entre la nieve.

Tomé el transporte público durante los siguientes días. Intenté escurrirme entre los cientos de personas que se abalanzaban sobre las puertas de los metros y los autobuses. Sin embargo, el yeso en el brazo me añadía una capa de fragilidad. No pasaron diez jornadas, cuando una mujer me aventó al garme el asiento de discapacitados y caí sobre el brazo roto; mi cuerpo rebotó y mi cabeza chocó con uno de los pasamanos de metal. El viaje a la escuela se convirtió en una nueva visita al hospital.

Pilar volvió a salir temprano del trabajo y pasó por mí en el auto de mi tía Alma. Lloré en el asiento del pasajero hasta que llegamos a casa. Yo no entendía la agresividad de las personas en el transporte público. Cuando bajamos del vehículo, mi madre me sirvió pasta con verduras y habló conmigo. Me explicó que hace diez años la Secretaría de Movilidad determinó que lo más adecuado para intentar paliar la crisis climática, y en atención a los acuerdos internacionales, era prohibir el uso de vehículos automotores de uso particular en el país.

—Tú aún no nacías, pero las calles en las que ahora vamos en la bici eran tapices multicolores de carrocerías de autos.

Dijo que algunas semanas después de ese primer anuncio, se publicó otro en la Gaceta General de la Nación, en el que se explicaban las reglas de operación de la nueva ley. En un principio, los autos estaban prohibidos para viajes particulares cortos y rutinarios. Con esto se referían principalmente a quienes utilizaban el auto para ir al trabajo y a la escuela todos los días. Aunque también había quienes encendían un motor para ir al supermercado a seis cuadas o al gimnasio que se encontraba en la colonia siguiente. En esta ciudad, en la que en promedio existían dos autos por hogar, realizar un cambio de esa magnitud se convirtió en un desafío monumental.

—Pero yo veo autos en las calles, nosotros ahora usamos el de la tía Alma —le dije, mientras terminaba de agujerear las calabazas y las zanahorias con mi tenedor.

—Claro que es posible —dijo Pilar—. Se permite usar el auto una vez al mes para actividades recreativas y familiares. Para transportar personas enfermas o accidentadas cuya gravedad les impida viajar por su propio pie, así como personas con enfermedades degenerativas y terminales también se encuentra autorizado sin restricción. Hace una hora, antes de arrancar el auto, envié una copia de la receta que nos proporcionó el médico junto con el mapa de nuestra ruta para viajar sin contratiempos.

—Rellenó mi vaso de agua y esperó mi siguiente pregunta.

—¿Y qué tienen que ver los autos con el disgusto de la gente en el transporte público?

A mis ocho años no entendía el malestar de las personas adultas.

—Mira, muchos de los que ahora viajan en transporte público antes tenían coche. Y tener coche no era sólo para moverte: era una forma de mostrar que te iba bien, de enseñar que podías pagarlo. Para muchas familias comprarse un carro era un logro enorme, les llevaba meses o hasta años de trabajo. En cambio, para otras era como cambiar de ropa con cada temporada. Y justo esas familias sintieron más duro el golpe:

perder el coche era como perder esa barrera que los separaba del resto, casi un golpe a su clase social.

—¿Te refieres a las clases de las que hablaba el señor Marx, verdad?

Mientras decía esto mis ojos voltearon a ver el retrato del alemán barbudo que mi madre había puesto en la sala y al que puntualmente le prendía una veladora cuando el Consejo de Justicia tenía que legislar sobre derechos y obligaciones de la ciudadanía.

—Sí, a esas me refiero. Una vez que se prohibieron los autos la gente intentó por muchos medios proteger su acceso a los vehículos motorizados. Hay quienes sobornan cada mes a médicos para que les generen diagnósticos falsos, o quienes falsifican sus permisos de circulación para el esparcimiento. Por otro lado, algunos de los más ricos demandaron un sistema de transporte público exclusivo para quienes pudieran pagar cuotas mensuales equivalentes a 90 días de salario mínimo por su uso. A la iniciativa se la llamó TREX, como diminutivo de “transporte exclusivo”, pero al final no prosperó y quienes no pudieron acceder a los sobornos médicos siguen enojados.

—¿Por qué no prosperó?

—Porque algunas investigaciones sugirieron que el costo de hacer un servicio de transporte público no sería rentable debido al pequeño número de usuarios que tendría. Además, el costo ambiental sería mayor al beneficio.

”Cuando se hizo pública la decisión de rechazar el proyecto TREX, hubo ataques a ciclistas y usuarios del transporte público que participaron activamente en contra de la construcción del nuevo proyecto de movilidad —la cara de mi madre se tornó seria—. La primera semana cuarenta ciclistas y veinticinco peatones fueron arrollados por camionetas negras sin placas y con vidrios polarizados. Sólo quince sobrevivieron. Al cabo de un mes se contabilizaron 226 incidentes de los cuales sólo cincuenta personas sobrevivieron. Las familias de los muertos demandaron colectivamente al Estado.

Se abrió una carpeta de investigación —dijo Pilar mientras levantaba los platos de la mesa—, y en el Instituto nos hicieron dejar nuestros proyectos de lado para desarrollar un sistema de seguridad que pudiera evitar que los choques y accidentes acabaran con las personas. Tardamos dos años. En ese pequeño periodo, las agresiones comenzaron a ser una herramienta que se hizo parte de las venganzas personales o políticas.

Con el tiempo, andar en bici se volvió un proceso natural. Crecí sabiendo que no necesitaba más que mi cuerpo para moverme por la ciudad. Aprendí las reglas de mi madre, así como algunos de sus sueños.

Pilar era una persona que planificaba todos los pequeños detalles de su vida. Incluso al momento de su muerte fui considerado en una lista de deberes que ella quería atender antes de que su cuerpo ya no fuera capaz de moverse, pues, en sus palabras, había que estar preparado, ser considerados con el tiempo y el descanso.

Dos semanas después de mi cumpleaños veinticinco me pidió que la acompañara a una consulta médica. Al llegar, el doctor nos recibió detrás de su escritorio de vidrio esmerilado, emulando la postura flor de loto de un monje tibetano. Cuando nosotros también nos sentamos, sacó un folder de entre una pila y desplegó dos hojas con los resultados del muestreo de tejido que mi madre había realizado unos días antes sin avisarme. Cáncer de mama triple negativo en etapa IV. Además, mi madre tenía mutaciones en el gen BRCA1 que hacía, el doctor nos explicó, que su cuerpo no tuviera las proteínas que ayudaban a detener la propagación de las células cancerígenas. Esta condición genética es hereditaria, dijo el doctor mientras me miraba, como si fuera una advertencia o una sentencia para mí.

Nos quedamos en silencio como si con ello detuviéramos el tiempo; fueron apenas unos segundos. Pilar parecía sustraída del mundo, como cuando se sentaba en el escritorio a

leer *papers*. Yo tenía miedo de decir alguna tontería, de poner en palabras la sensación de ahogo que me estrujaba el pecho. Ella quizás se dio cuenta, porque puso su mano sobre la mía y acarició las falanges de mi mano izquierda. Desde la ventana del consultorio se asomaba el azul de los cerros con su corona de nubes.

Fue el doctor quien nos sacó de ese estado de mutismo:

—Hay algunos tratamientos con los que podemos probar. Actualmente, existen tres posibles vías para intentar disminuir el tamaño del tumor y que este pueda ser un candidato a cirugía.

—No —lo interrumpió Pilar—. Ya las conozco. La abuela y mi madre también murieron de un triple negativo.

—Bueno —dijo el doctor—, en los últimos años los avances médicos han logrado que los tratamientos sean mucho más efectivos. Hace apenas unos meses los biólogos polares lograron sintetizar una molécula presente en el binomio *Prasolia-Mastodia* que garantiza un cuarenta y cinco por ciento de efectividad para tratar la mutación genética del BRCA1.

Habló durante media hora sobre los posibles tratamientos; sobre la ventana de oportunidades que ofrecía la investigación biológica en la profundidad de los mares y en los polos. Remarcaba las posibilidades de éxito de un tratamiento proveniente de estos ambientes, debido a las condiciones extremas en las que desarrollaba el ciclo de vida de las especies que allí habitaban.

Al salir del hospital, tomamos nuestras bicicletas, mamá sujetó el candado al cuadro de su bici y pedaleó con las manos extendidas de manera horizontal al pavimento. La calle estaba llena de otras bicis y patinadores que hacían sonar sus pequeños timbres o se chiflaban para advertir a alguien que lo rebasaban por la izquierda. La calle parecía un enjambre de luciérnagas. Al llegar a casa, cenamos y Pilar me dijo que no la tomaría. Que no quería la terapia.

El tratamiento, como me explicó mientras comíamos champiñones con jitomates cherry rostizados, provenía de un líquen que habitaba el polo sur. Su especie se encontraba amenazada por el aumento en la temperatura y debido a que algunas de sus moléculas también eran usadas para el tratamiento contra el Alzheimer. Su abuela había probado con quimioterapia y pembrolizumab para disminuir el tumor, luego una cirugía, y finalmente tomó xeloda, cuando se encontró tejido residual cancerígeno. Su madre, quien había muerto cinco años antes de mi adopción, había sido una de las primeras personas que experimentó con los tratamientos extraídos de algas de la zona batial del océano, y para complementar, le administraron terapia dirigida con olaparib.

Terminó su explicación diciendo que ya conocía la agresividad de todo el proceso, con el adentro y con el afuera. Un tratamiento que te mata al mismo tiempo que te cura. Los posibles daños cerebrales eran los que más le preocupaban. ¿Cómo continuaría su investigación en el Instituto de Física si la memoria comenzaba a fallarle?

—Los tratamientos pueden extender mi vida unos cinco años como máximo. Pero serán años en los que condenaré la vida de otros organismos.

Al día siguiente fuimos a comer hamburguesas vegetarianas a un restaurante y le contamos a mi tía Alma de la enfermedad. Ella escuchó a mi madre en silencio. Al final asintió y sólo dijo: “lo entiendo”. Terminamos la comida y volvimos a casa. Allí mamá me pidió que la ayudara a enmarcar la lista de cosas que quería hacer para despedirse del mundo.

1. Organizar una cena con familia y amigos.
2. Ir a una feria (investigar en qué parte de la ciudad hay ferias grandes con juegos mecánicos antiguos).

3. Arreglar los papeles de la pensión.
4. Visitar la casa de mis padres y organizar ese espacio para que alguien pueda vivir allí en el futuro.
5. Escribir cartas para personas con las que ya no hablo o que viven en otros países.
6. Ir a acampar a una zona segura.

Las cartas las escribió poco a poco. A mí me dejó un par en el cajón de mi habitación y sé que a la tía Alma le entregó un paquete para repartir a amigos y conocidos. La feria la encontramos de manera fortuita. Tres meses después de hacer esta lista íbamos en un bicitaxi de regreso del doctor, que le recetaba medicamentos para el dolor que nunca eran suficientes. El conductor tomó otro camino porque estaban arreglando las calles de la ruta más directa y la vimos: seis lonas pequeñas y circulares; tenían triángulos amarillos y rosas que se intercalaban en el diseño; había un juego de dardos, una minimontaña rusa, una rueda de la fortuna, un puesto de pan de nuez y nata, un carrusel, y un puesto de comida.

Mamá gritó cuando vio la feria y le pidió parar. Aunque ella quería subirse a la montaña rusa, decidimos que lo más prudente era tomar el carrusel. Nos sentamos en una banca de madera en forma de cisne. En medio del complejo de luces del juego mecánico, la piel de Pilar lucía más pálida, sus uñas más frágiles. La observé cerca de un minuto, mientras dábamos vueltas rodeados de niños y padres. Me tomó de la mano.

—¿Te he contado que yo no quería ser madre?

La miré con asombro. Quizás arrugué el ceño, sorprendida. Continuó:

—Pensaba que mi sangre no era algo que deseara preservar a toda costa. Hay cosas que acaban y prolongarlas es sacarlas del ciclo vital que les ha brindado la naturaleza. De alguna forma pensé que si paría mis propios hijos también los condenaría a enfermar cuando crecieran.

—¿Y no decidiste intentar con la experimentación genética durante el embarazo? —le respondí, como si no supiera qué opinión le tenía a algunos desarrollos tecnológicos.

—No. Cuando digo que la lucha es por la vida, me refiero siempre a la vida digna de todos los organismos en este planeta. Si algunas comodidades de nuestra existencia pasan por la destrucción de hábitats y la extinción de especies, yo prefiero no tenerlas. Hay dignidad en morir sin ser el verdugo de otros.

El carrusel se detuvo y bajamos de allí. Nos dirigimos al puesto de comida. Ordenamos sandwiches de queso y verduras. En la mesa de enfrente, dos niños peleaban con su madre porque no querían comer el jitomate de sus alimentos. La mujer lucía fastidiada. Escudriñé la cara de Pilar, en busca de una respuesta a mi incorporación en su hogar.

—¿Y por qué me adoptaste?

—Porque la vida no se desarrolla de manera solitaria. Porque quería poder mirar en compañía.

Nos quedamos calladas. A veces se me olvidaba que mi madre además de ser doctora en física mecánica, había vivido en una granja durante cuatro años con un grupo de anarcocomunistas. Allí había terminado de formar su carácter y el rumbo de su vida, como le gustaba decir a veces, cuando platicaba con mi tía Alma de sus distintas experiencias de crecimiento al salir de la casa de sus padres. Yo quería decirle algo que fuera importante, que tuviera el mismo peso de las palabras sencillas con las que siempre me hablaba y explicaba el mundo.

Al campo y a la casa de mis abuelos no alcanzamos a ir porque su salud empeoró muy pronto.

La comida vino después, cuando el dolor aún era soportable como para salir de casa. Una mañana de marzo, antes de irse

al Instituto, me dijo que comprara los ingredientes necesarios para hacer la cena. Yo buscaba empleo entonces, así que tenía tiempo libre. A las seis de la tarde llegó Alma para ayudar a cocinar. Preparamos todas las cosas que nos gustaban: horneamos pan brioche, lasaña vegetariana y berenjenas con hummus, ceviche de champiñones y un clericot con vino artesanal.

Durante la cena hablamos de las particularidades de los programas de televisión para niños y acerca de las empresas que comenzaban a proyectar la digitalización de conciencias. Alma era muy distinta a mi madre, ella estudió derecho, al igual que mis abuelos. Al terminar la universidad se casó con un compañero de la carrera, acababa de cumplir veintidós. Aunque era menor, sus padres siempre la ponían de ejemplo frente a Pilar, pues no estaban de acuerdo con la vida que por entonces tenía mi madre como panadera en la comuna. Me contaron que esa temporada fue tensa y que no se hablaron mucho tiempo, hasta que Alma se divorció. Un retrato a lápiz de Kropotkin nos acompañaba en la mesa, como un recordatorio de esa época en la que mi madre horneaba pan mientras pensaba en la lucha por un mundo más justo, en el que a nadie le faltaría un trozo de pan. Mi tía llevó un pastel y le cantamos a mamá como si de verdad fuera su cumpleaños. Todos lloramos un poco frente a las velas encendidas. La cara de Pilar lucía dorada con ese diminuto incendio controlado en forma de deseos para el futuro. Luego vimos documentales sobre tiburones hasta el amanecer. Terminé vomitando el exceso de clericot. Mamá cuidó de mi sueño. Murió diez semanas después. Yo tenía veintiséis años.

Conseguí trabajo después de la muerte de Pilar, en una empresa cuyo proyecto era construir una bóveda de realidad virtual en la que permanecerían las conciencias de personas

enfermas, para que, al fallar sus cuerpos, pudieran seguir *viviendo*. Posteriormente, se investigaría la forma de poner cada conciencia en un traje robótico de dimensiones humanas. *En la abierta expansión de los cielos*, ése era el nombre del proyecto, que me parecía pretencioso, pero al mismo tiempo mágico. Durante doce años diseñé muecas de expresión facial que respondieran a la actividad cerebral de los sujetos de prueba. No era el trabajo que mi madre hubiera querido para mí, pero era gratificante saber que al menos ayudaría a disminuir el dolor de la separación de algunas familias. Pensaba que, aunque el proyecto era privado, encontraríamos alguna manera de socializarlo. Sin embargo, la semana pasada uno de los psicólogos de la empresa nos envió un correo electrónico como carta de despedida y se suicidó. En él, decía que no era capaz de continuar con su trabajo, pues por error, su jefa le había mandado el expediente de una sección del experimento hasta ahora oculta para la mayoría de los trabajadores.

La coraza que diseñó mi madre se activa con el movimiento irregular e inesperado de quien la porta. Para que funcione es necesario registrar nuestras rutas y lugares de visita frecuentes, de modo que el algoritmo calcula las condiciones, los altos en el camino y la proximidad con automovilistas. Así es más fácil determinar si existen culpables en caso de algún accidente. Una vez que el sensor detecta un cambio precipitado en la energía con que se mueve el usuario, manda automáticamente una alarma al centro de urgencias médicas más cercano, una alerta a los contactos de emergencia del usuario y hace un video con respaldo de los cinco minutos anteriores y posteriores del trayecto del ciclista.

El mecanismo de protección opera de la siguiente manera: el dispositivo instalado en la bici sólo funciona si la persona porta su pulsera, que será la encargada de activar la

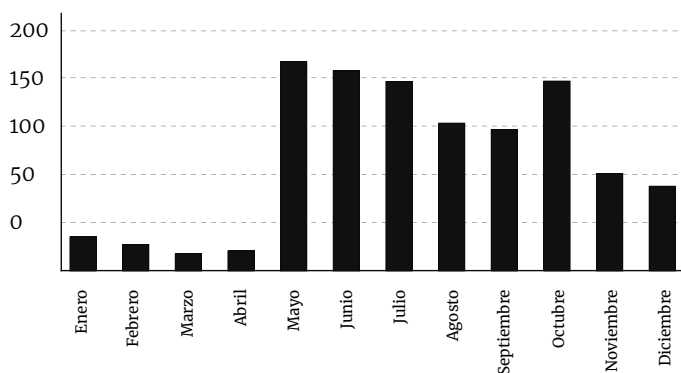
coraza y la bolsa de aire adecuadas al tamaño de su usuario para mantenerlo a salvo de cualquier traumatismo. Aprendí esto de memoria más o menos cuando cumplí nueve años, después de recuperarme de mi fractura de brazo.

Decidí borrar el trabajo que hemos realizado en la última década. Envió una copia a los medios de comunicación el informe y el correo electrónico que escribió el psicólogo antes de suicidarse. En él, cuenta que los sujetos con los que están haciendo pruebas para la bóveda de realidad virtual no son desahuciados, como se pensaba, sino personas sanas a las que se les ha hecho creer, para que accedan al experimento, que tienen una enfermedad que está a punto de matarlos. Hay mucha gente joven entre ellas.

Espero que los medios puedan hacer algo al respecto, que exista algún tipo de justicia, y espero que la coraza que diseñó mi madre pueda protegerme de alguna venganza por parte de la compañía.

Es medianoche. Salgo del edificio y tomo mi bici.

**Accidentes ciclistas causados por auto antes (enero-abril)
y después (mayo-diciembre) del rechazo del proyecto TREX**



LUNES 30 DE SEPTIEMBRE

PERSONAJES ILUSTRES

Muere Pilar Ramos

Investigadora que creó la “coraza”, invento que ha salvado a miles de ciclistas de la muerte desde hace dieciocho años

Pilar Ramos, investigadora destacada murió ayer a los 66 años de edad debido a un cáncer de mama triple negativo en etapa iv. Su familia no ha dado ninguna declaración al respecto de la enfermedad o sus últimos momentos de vida. Sin duda, ésta es una gran pérdida para la comunidad científica internacional.

Al momento de morir, Ramos se encontraba trabajando en el diseño de ambulancias más amigables con el medio ambiente, con cabinas que no transfieren los movimientos bruscos a los enfermos y heridos.

| NOTICIAS DEL DÍA |

Pánico tras investigación

Hay al menos nueve casos confirmados

El proyecto *En la abierta expansión de los cielos* resulta un engaño.

Hace dos días un psicólogo del equipo destapó la verdad detrás de esta investigación que aseguraba tener un “as” bajo la manga en contra de la muerte. Los sujetos de prueba no eran enfermos terminales, sino mujeres jóvenes que fueron engañadas. Algunos reportes sugieren incluso casos de secuestro.

Se inicia carpeta de investigación en contra de los involucrados. Al menos 21 trabajadores estarían al tanto de la verdad.

LA TRAYECTORIA DE LAS ABEJAS

Ana miraba el cuerpecito de la última abeja entre sus manos. El insecto daba vueltas como un pequeño torbellino, creando la ilusión óptica de ser sólo amarilla o negra por instantes. Cuando su tía Mercedes volvió del baño, detuvo la reproducción del proyector 3D y el baile de la abeja moribunda se desvaneció. Ana lloraba e intentaba enjugarse las lágrimas con las mangas de su playera. Mercedes le dio un pañuelo y Ana leyó en él las letras AM, las iniciales de la tía que desapareció décadas antes de que ella naciera; le parecía raro, nunca lograba entender todo lo que representaban esas letras. En cambio, a Mercedes le gustaba mucho usar ese pañuelo.

—Tía, ¿tía Antonia desapareció así como las abejas?

—No, pequeña, fue distinto. Porque todos sabíamos que las abejas morirían pronto. Y cuando lo hicieron, sus cuerpos permanecieron algunos días en la Tierra antes de reintegrarse nuevamente al suelo. Generalmente, ese es el proceso de la muerte con todos los seres vivos: el cuerpo comienza a descomponerse.

Mercedes se quedó pensando un momento.

—Y de Antonia —agregó— sólo nos resta la memoria, por eso es importante que nadie en la familia se olvide de su existencia.

A sus ocho años Ana se imaginaba el pasado como una guerra sin tregua o un espacio de tiempo en el que sólo hubo muerte. Su tía desaparecida era, en realidad, hermana de su abuela, quien también había muerto hacía poco.

—¿Y dónde está su cuerpo? —susurró la niña, aunque ya imaginaba la respuesta de su tía—. ¿No puedes intentar regresarlo a la vida, así como a estas abejas?

Aunque Mercedes hubiera tenido suficiente presupuesto, era imposible. Cuando Antonia desapareció, su madre y

su hermana Lola fueron a su departamento a buscar algo que pudiera ayudar a encontrarla. Pero el lugar estaba vacío, con las paredes intactas, como si nunca hubiera vivido nadie allí. La policía lo catalogó como una fuga. El casero nunca pudo dar alguna explicación de lo que había sucedido. En realidad, él también parecía consternado.

—No se puede, porque no la encontramos —dijo Mercedes y se agachó para estar a la altura de su sobrina—. Antes pasaban muchas cosas que ahora parecen imposibles, pero lo importante es que no nos olvidemos de que sucedieron, para que no se repitan.

—La mamá de Toño dice que revivir abejas es imposible, tía.

—Pues tendría que serlo, porque en primer lugar las abejas deberían seguir vivas. Hay muchas cosas que la ciencia no tendría que arreglar ahora si hubiéramos sido capaces de prevenirlas hace décadas. No sólo las abejas, todos los animales y las especies vegetales. Pero dile a la mamá de tu amigo que no tiene de qué preocuparse, es un proceso completamente seguro.

Ana movió las manos en el aire, como buscando nuevamente el espacio que había dejado la abeja proyectada. Y entonces se dio cuenta de que en su lugar sólo había vacío.

—¿Así como a la abeja le pasó a la tía Antonia? ¿Se fue a vivir a la nada?

Mercedes estaba a punto de retomar sus diseños, pero se detuvo. Lola, su madre, le había enseñado a forjar ese amor para Antonia marcado por la ausencia, y luego para Lucía, la madre de Ana, cuando murió de cáncer. No en la nada, pensó, sino en una red que hace que no se vayan nunca del todo.

—No en la nada, hija —le dijo a Ana; le costaba decirle así a su sobrina, no porque no la quisiera como a una hija, sino porque a veces temía que esta palabra la colocara a ella en el papel de madre y esto hiciera que olvidara a Lucía—, más bien, siempre aquí dentro. —Señaló su pecho con el dedo índice.

La niña sonrió y Mercedes puso imágenes en el proyector 3D de animales polinizadores endémicos, para continuar con su diseño de reconstrucción de ADN.

—Pronto volverán a esta tierra las abejas y los árboles entre los que creció tu madre. Pero de la tía Antonia sólo nos queda recordarla.

Ana miró murciélagos, mariposas y colibríes volando, tapizando las paredes de la habitación en la que se encontraban. Sus ojos se posaron un momento sobre los destellos de luz que venían del proyector en el techo, donde las figuras y los colores comenzaban a nacer. Pensó en su madre y en su tía.

TIERRA INVADIDA

Grabación final del usuario 188673

Es difícil grabar en medio de la nada, con una voz que no es tu voz, sino acaso una onda de energía. De cualquier forma, dejo esto como una especie de testamento. Quiero aclarar que el principio fue como un sueño y eso es lo que me mantiene viva hasta ahora, aunque suene extraño.

Cuando me enteré de la noticia, tomé mi bici y llegué a casa con la ropa empapada de sudor. Era mi hora de comida, pero no me importó ni el índice de radiación ni la temperatura. Intenté abrir la puerta y las llaves se me cayeron de las manos varias veces. Cuando lo logré, ni siquiera pude alcanzar a acomodar el pestillo que se trababa en la cerradura por el óxido. Atravesé el pasillo de la casa, y salí al jardín donde te encontrabas pintando las bugambilias que se habían enredado en un cactus: una verdadera historia de amor en esa pintura. Te tomé de los hombros y me acerqué a tu cuello como una avispa. Hice ese sonido que sólo se logra juntando los dientes, poniendo la lengua bajo el paladar y sacando aire como si se quisiera pronunciar la letra “D”. Te conté todo.

Renunciar a la materialidad de nuestros cuerpos para fundirnos con la naturaleza. Este movimiento salvaría los bosques y además nos permitiría entrar en un contacto real con la flora de las selvas. Conectar nuestra conciencia a los impulsos eléctricos de las células vegetales no sonaba sencillo, pero sí hermoso. Que las ondas eléctricas que alimentan a las máquinas que conservan tu conciencia sean impulsadas por la marea del océano y por la energía que produce el bosque, me parecía justicia poética. Aunque, en realidad, lo que más me alegraba del financiamiento con trabajo era la idea

de salvarte. La enfermedad que sufrías ya no sería un impedimento para estar juntas.

En esos años yo trabajaba como diseñadora de voces en un conglomerado que programaba asistentes personalizados de inteligencia artificial. La vida no era dura, pero sí aburrida, como los fines de semana en verano cuando eres niña y el sol de la canícula detiene el tiempo. Por ese entonces, yo tenía la esperanza de que el mundo y el bosque pudieran sobrevivir todavía. Eso es lo interesante de saber que algún día morirás, esa certeza hace que las esperanzas se agranden.

Vendimos todo. La casa de tus padres con su inmenso jardín y sus cinco habitaciones, los dispositivos electrónicos, los libros, la ropa, hasta el cabello. Nos fuimos pensando en no volver nunca. Hilvanamos un mundo sobre los deseos que nos producía esa aparente realidad que nos alejaba de la inminencia de la guerra.

Al llegar a la clínica, una mujer nos dijo que debíamos prepararnos mentalmente para el procedimiento. Nuestro cuarto en el centro de organización era sobrio: una habitación con paredes blancas, una cama matrimonial al centro con una cobija gris que funcionaba a la vez como colcha, una gran mesa junto a la ventana que tenía un tamaño adecuado para usarse como escritorio doble y una alfombra color hueso. Por la ventana se asomaba el verde bandera del pasto sintético, que intentaba hacer segunda a los pocos helechos y pinos que se mantenían en pie en la cima de esa montaña.

Recuerdo esos días breves, como el espacio de tiempo cuando tu cuerpo entra al agua y se acostumbra a la temperatura antes de sentir que flota, un pequeño lapso que fue importante por lo que le sucedería después. Aunque en realidad fueron muchos meses y necesitaron un trabajo físico agotador.

Comenzamos a hacer listas y cajas digitales con las cosas que queríamos llevarnos “allá”, a ese espacio de sinergia colectiva. Tú “empacaste” una decena de caballetes, pinturas de diversos tipos, libros en formato digital, una suscripción

a las novedades musicales y otras a las plataformas de *streaming*, plantas como las que tenías en la casa de tus padres y un símil de esa construcción, pero con una sola habitación. Yo me encargué de lo mundano: diseños de ropa, accesorios, ruidos y sabores digitales para la comida falsa que formaría parte de la rutina.

Llevamos pocas fotos, sólo digitalizamos aquellas que teníamos impresas. Nos encargamos de encuadrar la única que guardábamos de nuestras dos familias, reunidas el día en que nos casamos con el fin de que pudiera prestarte mi seguro médico. En ella, ambas sonreímos, vestidas de rojo. Mi madre y mi hermana se encuentran junto a mí y tus padres al lado tuyo.

No teníamos a muchas personas a las que visitar en proyección 3D, pero hicimos una pequeña lista: mi hermana, su hijo, tus padres y nuestros cinco amigos del Instituto de Artes. A las demás personas no las frecuentábamos lo suficiente y una visita con corporeidad simulada hubiera sido rara.

Nunca me importó la vida que llevaba, por eso no quise volver atrás, por eso no me asustaba dejarlo todo. Me acuerdo de una tarde junto a ti, antes de irnos para “allá”. Estabas por terminar un cuadro que le dejarías a tus padres. Hablábamos del cuerpo, de la capacidad de sentir. ¿Serían diferentes los impulsos sensoriales del roce de nuestras manos mientras nos tocábamos? Se hizo de noche cuando preparamos algo para comer. Sentí tu respiración sobre la piel como una despedida de las sensaciones. Será distinto, nos dijimos.

Después elegimos el árbol que queríamos habitar. A cada conciencia correspondía un espécimen vegetal en peligro de extinción. Esto permitía rehabilitar espacios que en otro momento fueron deforestados para su explotación como monocultivos destinados a la ganadería, en esa abundancia exuberante y desordenada que nunca debieron dejar de ser: un bosque. Tú elegiste ser un árbol de guayacán o *Tabebuia chrysantha*. Una especie con madera resistente y pesada, apta

para sortear la sequía y las plagas, aunque no la tala ilegal y su explotación para la ebanistería. La semilla, además, tiene una vida promedio de tres meses, lo que hizo que la especie se encontrara a punto de extinguirse.

Yo elegí un palo santo o *Guaiacum coulteri*, un arbusto que fue utilizado durante siglos con motivos medicinales y rituales, pero que se vio en peligro por la pérdida de su hábitat. Nuestras especies en conjunto habitaron la misma región geográfica durante miles de años. Ése era el pequeño gesto que queríamos compartir cuando nos apagarán.

El proceso de plantación y preparación fue largo. Conformamos un grupo de miles de personas que dedicó seis años a preparar el terreno del bosque de replantación activa con semillas latentes de la región. Rastreo, deshierbe, subsolado, trazado y apertura de cepas fueron actividades cotidianas durante las cuatro estaciones del año, que para ese entonces se habían convertido en alternancias entre periodos de sequía y calor intenso o lluvias torrenciales, capaces de dañar los edificios y casas de la mayoría de las zonas urbanas. El frío invierno ya no existía y la primavera era más el recuerdo colorido del florecimiento que no llegaba nunca. Nuestra cuadrilla tomaba precauciones con las lluvias que de vez en cuando amenazaban la siembra, pues había que orientar esa agua a una reserva. Cuidar que el terreno no se inundara porque si no, la tierra no tendría un balance adecuado de pH y oxígeno.

La instructora enfatizaba en la importancia de buscar relaciones complementarias entre las especies. De esta forma lograríamos que los árboles brindaran sombra a las flores más delicadas y necesitadas de humedad. El entramado de raíces es importante en un bosque, pues en sus entrañas se encuentran los mecanismos de defensa que le ayudarán a soportar la temporada sin lluvias o inundaciones.

Las abejas robóticas también fueron importantes para el éxito de nuestro proyecto. Al mismo tiempo, el bosque que

construimos ayudaría a que los científicos terminaran los procesos de replicación de ADN de insectos, pues sería el primer lugar de prueba de su vida. Un espacio semicontrolado en el que se podría vigilar su ciclo reproductivo, su alimentación e incluso su muerte.

El día que por fin subieron nuestras conciencias al servidor me puse a llorar toda la tarde, aunque eso es un eufemismo, porque mis lágrimas eran más bien una manifestación virtual de lo que sentía. Nos encontrábamos en medio del bosque. Éramos el bosque que con nuestras manos habíamos levantado.

La rutina fue complicada, pero logramos entendernos a los pocos meses. Primero acostumbramos nuestras mentes a la programación de descanso y de las actividades cotidianas que le daban sentido al tiempo. Yo me enojaba porque a veces no dejabas de pintar y te saltabas las comidas y las horas de sueño. Te insistía en que todas esas actividades eran necesarias para conservar la salud de nuestra mente y por ello debíamos continuar con ellas como una rutina.

El desastre vino después de que logramos un aparente equilibrio en nuestras rutinas; salí a “pasear” al bosque C3, en el área que se nos permitía recorrer. Ya había escuchado varios rumores, pero mi expedición lo confirmó. Nuestra energía intoxicaba a las plantas. Las estábamos matando. Observé una *Erythrina crista-galli*. Sus hojas tenían las orillas marrón, las flores lucían rosadas en lugar de tener ese rojo brillante y aterciopelado que las caracterizaba. Apagué mi sensor de la vista e imité en la mente el gesto de palpar, pero mi energía sólo la hizo moverse un poco, como si yo fuera una débil corriente de viento. Volví a casa a contarte, esta vez sin ánimo.

El rumor se intensificó. A los pocos días la pantalla de nuestro hogar parpadeó. En ese momento se interrumpió la compilación de videos de gatos que veíamos. Aparecieron ocho letras en color rojo sobre fondo amarillo: ATENCIÓN. Posteriormente la figura de nuestras coordinadoras se dibujó

sobre un fondo blanco. Ellas vestían trajes color azul. Comenzaron a hablar sobre los resultados que los biólogos y botánicos habían entregado acerca de las afectaciones de nuestra interacción con los bosques. Nuestra convivencia, en efecto, comprometía la estabilidad del ecosistema. Las ondas de energía de nuestra comunidad eran más de lo que el bosque podía soportar y la intensidad dañaba sus tejidos. El problema no fue visible sino hasta seis meses después de cargar a todos los usuarios en el servidor. Antes de esto el equilibrio era controlado por la flora. Después de un año estaba más que confirmado. Éramos demasiados.

Sólo había una opción para dejar de dañar el bosque y con ello nuestra ilusión de habitar el mundo en concordancia con la naturaleza: poseer un cuerpo robótico.

Los servidores de información son como túneles, portales donde se resguardan datos que no podemos grabar en nuestra mente, pero que quizás nos sirvan algún día. Si por error, lo que permanece en las máquinas es tu propia conciencia, entonces el túnel se convierte en un agujero.

Miro las fotos de mi vida una y otra y otra vez. Hasta que me canso. Hasta que decido que tienen sentido, que mi existencia no ha sido en vano. Hasta que me convenzo de que me recordarás de vez en cuando. Y que no seré sólo un número en el expediente de una demanda legal.

Antes de separarnos te pedí que me llevaras al bosque que habíamos plantado con nuestra comunidad digital. Me sacaste en un pequeño proyector de consciencia. Un aparato que parecía un antiguo disquete sobre el que se levantaba un diminuto cilindro metálico que proyectaba mi cuerpo en miniatura, que reproducía mi voz y me ayudaba a ver el exterior.

Acampamos en ese espacio desigual, con árboles que eran capaces de dar sombra y otros que no rebasaban tu

cuerpo de 1.65 de altura. Habían pasado cinco años desde que te separaste del servicio de realidad virtual. Tu consciencia fue de las pocas en conseguir un cuerpo robótico y el resto nos quedamos a la espera, intentando gestionar la vida en un servidor que cada vez necesitaba más arreglos.

Después de una demanda; la organización que nos había metido allí perdió todos sus fondos. Al parecer, las primeras pruebas no se habían realizado con sujetos voluntarios, como nos habían hecho creer. Nuestro bosque, como muchas cosas hermosas, tenía un origen que hubiéramos preferido no saber.

Hace seis meses, después de una larga espera, los que seguimos dentro nos enteramos de que la empresa había cerrado y sus representantes, desaparecido. Las fallas son tantas que sabemos que es cuestión de tiempo para que nos apaguemos. No tenemos recursos suficientes para arreglar esto. El gobierno está más concentrado en la guerra, en el agua, en la hambruna y en todo lo que tiene que ver con personas de carne y hueso. Será el final. Ya lo sabemos y nos preparamos como podemos. Organizamos estas visitas, escribimos memorias como esta, pintamos, hacemos blogs y música que subimos a las redes. Por eso mismo te dejo esta carta en forma de grabación.

Mi especie tarda entre treinta y cincuenta años en alcanzar una altura de apenas seis metros; la *Tabebuia*, en cambio, puede llegar hasta los treinta y cinco metros. Espero que, al menos simbólicamente, podamos seguir creciendo juntas.

Yo a tu sombra.

SE PIERDEN LOS ÚLTIMOS DATOS HUMANOS DEL PROYECTO “JARDINES VIVOS”

Tras quince años de lucha legal infructuosa, esta mañana ingenieros reportan la pérdida de la información con la consciencia de 190,597 personas. Aseguran que es como si los implicados hubieran muerto.

El proyecto comenzó con un buen objetivo: restaurar bosques y selvas nativas hace casi treinta años. Sin embargo, con el paso de los años, las redes de corrupción que lo sostenía fueron descubiertas.

Dentro del servidor de “Jardines vivos” habitaban miles de personas que creyeron en la posibilidad de recuperar espacios verdes. Este caso de corrupción recuerda al proyecto “En la abierta expansión de los cielos”, que tuvo lugar hace medio siglo. En ese entonces se reportó que los su-

jetos de prueba para las fases iniciales también habían sido engañados, algunos incluso retenidos en contra de su voluntad.

El Gobierno Federal ha decretado un luto nacional por las personas que han sido declaradas como muertas. Además, invita a preservar los bosques producto de este proyecto como una forma de honrar la memoria de aquellos que consagraron su vida a crearlos.

NINGÚN SABOR DIGITAL ES BUENO

Después de leer el verdadero expediente, Antonia y Laura deciden engañar a los médicos. Antonia finge haberlo olvidado todo y se libra por temporadas del asedio de sus examinadores, aunque siempre vuelven.

Esta mañana Antonia recibe dos cartas de una mujer llamada Ana, que asegura ser su sobrina-nieta. Una de ellas es una explicación larga de los eventos alrededor de la desaparición de Antonia y una dirección para encontrar a la remitente.

En la otra carta, dice:

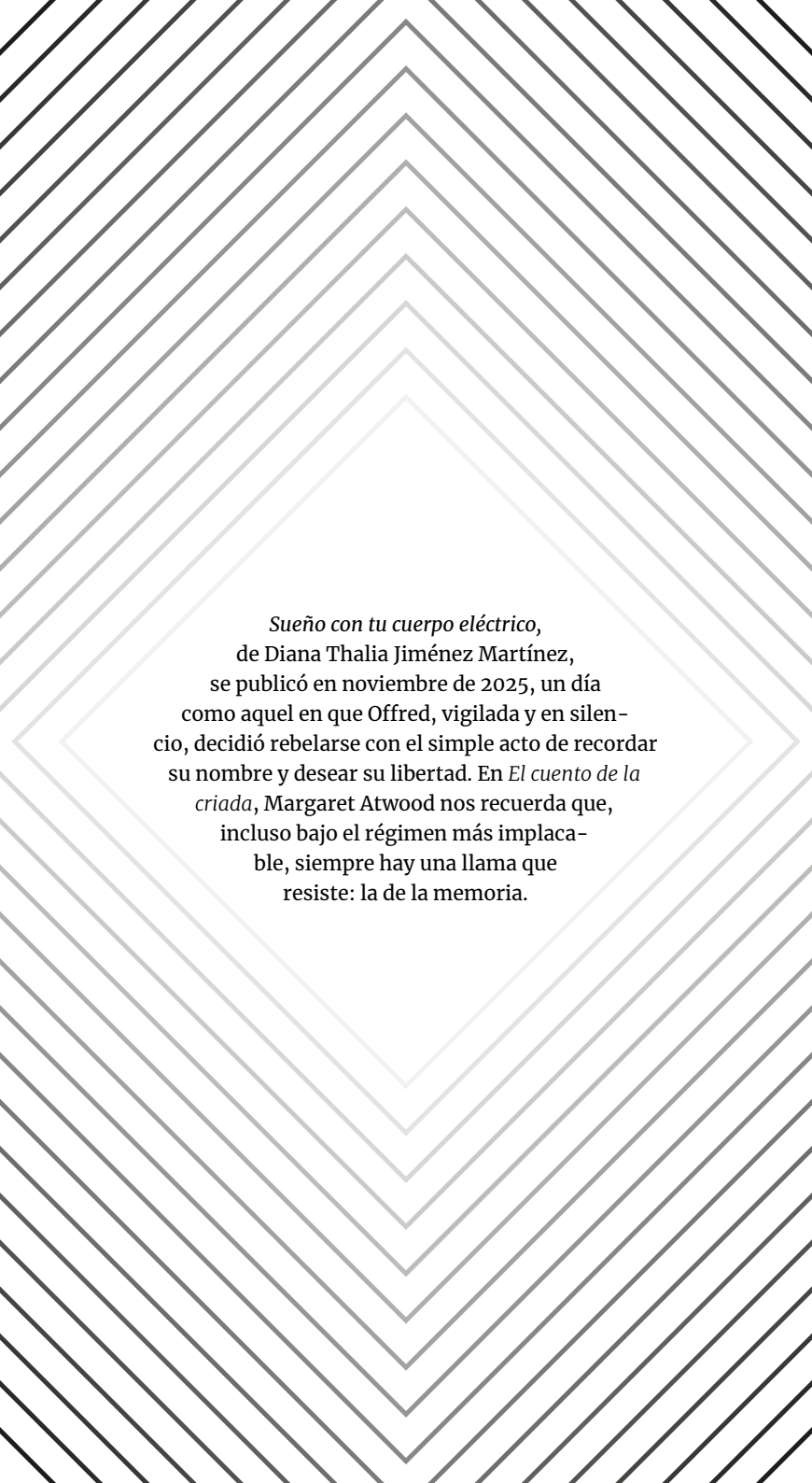
Cuando era niña, creía que la tecnología era capaz de solucionar todos los problemas del mundo. Entonces soñaba que tía Alma te construía un cuerpo eléctrico, para que pudieras hablar y dejaras de ser una sombra en mi mente. Luego me explicaron que lo que te pasaba no se podría arreglar ni con un traje ni con avances científicos. Nuestra familia ha vivido con la impronta de la ausencia desde que te secuestraron, así que nos aferramos a la memoria, a tu recuerdo, como una forma de hacer frente a ese vacío que, pensamos, nunca se llenaría.

Sé que tienes un tatuaje de ballenas porque mi abuela decía que eran tus animales favoritos. Sé que tu cuerpo está lleno de diseños con tinta que tú misma hacías y que tenías mechones verdes en el cabello cuando te llevaron. Conozco tu música preferida porque Lola, tu hermana, me la enseñó; ella siempre hablaba de ti como si siguieras viva, y de alguna manera, tuvo razón.

Yo no sé si tú recuerdas algo, pero me gustaría conocerte algún día, para saber cómo es recuperar el pasado y dejar de soñar con cuerpos eléctricos.

ÍNDICE

6	Chilaquiles digitales
19	En la abierta expansión de los cielos
34	La trayectoria de las abejas
37	Tierra invadida
45	Ningún sabor digital es bueno



Sueño con tu cuerpo eléctrico,
de Diana Thalia Jiménez Martínez,
se publicó en noviembre de 2025, un día
como aquel en que Offred, vigilada y en silen-
cio, decidió rebelarse con el simple acto de recordar
su nombre y desear su libertad. En *El cuento de la
criada*, Margaret Atwood nos recuerda que,
incluso bajo el régimen más implaca-
ble, siempre hay una llama que
resiste: la de la memoria.

En el siglo XXII, cuando la memoria puede reprogramarse y los cuerpos se conservan como archivos, una joven científica participa en el descongelamiento de una mujer tatuada, proveniente del pasado. A partir de ese encuentro, *Sueño con tu cuerpo eléctrico* teje un entramado de historias donde las conciencias se funden con máquinas, los bosques laten con voces humanas y el amor intenta sobrevivir a la desaparición. En este futuro herido por la tecnología y la nostalgia, se explora lo que persiste de la amistad, la ternura y la identidad cuando el cuerpo se vuelve la última forma posible de resistencia.

Diana Thalia Jiménez Martínez (Toluca, 1994). Licenciada en Estudios Latinoamericanos y saxofonista. Ha publicado textos en revistas como *Punto de Partida*, *Luvina*, *La Jornada Semanal*, y en las antologías *Una bolsa de semillas. Ciencia ficción feminista en Abya Yala* (Coding Rights, 2025) y *Liminales III* (Casa Futura Ediciones, 2025). Actualmente coordina el Club de Lectura de Ciencia Ficción Gatos Galácticos en la CDMX.